

EN TORNO A LA PREVENCIÓN



Revista N° 11, Diciembre 2013

ISSN: 1659-3057



LA PERCEPCIÓN COMO HERRAMIENTA PARA LA GESTIÓN DEL RIESGO APORTES PARA LA COGESTIÓN COMUNITARIA : CASO DE LA COMUNIDAD DE SIXAOLA, LIMÓN, COSTA RICA.

Maricarmen Aguilar Fonseca
Universidad de Costa Rica
Gabriela Brenes Villalobos
Universidad de Costa Rica

Resumen

El presente artículo intenta posicionar a la percepción del riesgo como una de las principales herramientas por medio de las cuales se puede trabajar la gestión del riesgo en una comunidad. Esto porque para que exista un verdadero involucramiento de las y los actores comunitarios, se debe partir de lo que las personas conocen y entienden por riesgo, además de la forma en que se visualizan dentro del proceso de construcción de su propio riesgo.

Abstract

This article tries to present risk perception as one of the main tools by means of which risk management in a community can be worked. Because for real involvement of communitarian actors to exist, is necessary to start from what people know and understand by risk, besides the way in which they visualize themselves within their own risk construction process.

Palabras claves

Percepción del riesgo, Gestión del riesgo, Comunidad, Actores sociales

Keywords

Risk perception, Risk management, Community, Social actors

Introducción

El presente artículo aborda el tema de la percepción del riesgo y el quehacer comunitario en la comunidad de Sixaola (Limón, Costa Rica). Este artículo está basado en el trabajo final de las autoras para optar al grado de licenciatura en Psicología por la Universidad de Costa Rica.

El abordaje desde la percepción debe verse como punto de partida cuando se trabaja en la gestión local del riesgo, pues este es construido en la comunidad a partir de un entramado social en donde la percepción juega un papel fundamental dentro del proceso, es decir, permite identificar cómo el riesgo es entendido, construido y reproducido; esto posibilita la autogestión comunitaria en la medida en que las personas desarrollen acciones concretas para afrontar su situación de riesgo en su comunidad.

Para la ejecución de esta investigación se trabajó a partir de la metodología de mapas de riesgo y entrevistas a profundidad realizadas a 3 hombres y 3 mujeres, además de conversaciones informales con otros miembros de la comunidad. Por medio de los mapas de percepción del riesgo y la entrevista a profundidad las investigadoras lograron introducirse en el proceso de construcción social del riesgo, y a partir de esto comprender los medios por los cuales las personas le dan significado a su entorno, la forma en que perciben su realidad, cómo la viven, y cómo la construyen.

Para lograr lo anterior se le solicitó a las personas participantes que en forma individual dibujaran su comunidad en un papel blanco sobre un papelógrafo y que con ayuda de una simbología de riesgos, consiste en un listado de diferentes problemáticas (tanto físicas como sociales) a las cuales se les asigna un color particular. Por

ejemplo Inundaciones rojo, delincuencia amarillo, drogadicción naranja, etc., identificaran en el mapa si existían algunas o todas de estas problemáticas, para lo cual debían señalar con un círculo -del color correspondiente- el lugar de incidencia de dicha situación.

Es a partir de la metodología de dibujar un mapa de percepción del riesgo como representación gráfica de la realidad y de la realización de entrevistas a profundidad que se obtuvo la percepción del riesgo ante desastres de algunos de los y las habitantes de la comunidad, a partir de su vivencia en condiciones de riesgo.

Ahora bien, el presente artículo se encuentra dividido en tres apartados: el primero presenta una breve contextualización de la comunidad, el siguiente contiene un análisis del proceso de percepción del riesgo que poseen las personas; y finalmente se retoman las conclusiones de la investigación realizada por las autoras.

La Comunidad de Sixaola

El área donde se encuentra la comunidad de Sixaola, en un territorio muy complejo, posee características geográficas, económicas y sociales, sumamente amplias y diversas. La comunidad de Las Vegas de Sixaola pertenece al cantón de Talamanca, ubicado al sureste del país en la provincia de Limón. Es un pueblo fronterizo con la República de Panamá cuyo límite natural lo constituye el río Sixaola, en cuyo margen se asienta la comunidad hasta su desembocadura en el Mar Caribe. Esta región es una de las más húmedas del país, la presencia de los vientos Alisios entre diciembre y enero, provoca un aumento en el nivel de las precipitaciones e incrementa la posibilidad de inundaciones. Aunque este tipo de amenaza ha sido el más frecuente a lo largo de los años en el área, se puede encontrar también amenazas por deslizamiento, amenaza sísmica y amenaza por huracán y marejada.

Además de lo anterior, en Sixaola, el proceso de construcción social del riesgo responde a un

contexto que históricamente se ha visto marcado por escasas oportunidades de desarrollo local, proceso cuya dinámica deviene actualmente en problemáticas sociales como la drogadicción, la delincuencia, la explotación sexual comercial, el trabajo sexual y la situación de pobreza que se amalgaman con el efecto de las inundaciones y la falta de agua potable; además de una marcada situación de vulnerabilidad política que se evidencia principalmente en una falta de políticas públicas. Todo esto genera un complejo escenario de riesgo construido, en donde la comunidad como actor social juega un papel en tres vías distintas, por un lado como generadora de riesgo, por otro como receptora de consecuencias y además como agente de cambio, capaz de realizar acciones para abordar su situación de riesgo. (Aguilar y Brenes, 2008)

La percepción de riesgo como herramienta para la gestión del riesgo

A pesar de que existe una gran probabilidad de que ciertas condiciones climáticas y geográficas se constituyan en amenazas, que produzcan eventos de origen natural en una región determinada, este aspecto no es suficiente para que se genere una situación de riesgo. Es necesario tomar en cuenta los factores sociales, económicos, culturales, ideológicos y políticos, que intervienen en un determinado contexto; los cuales, al conjugarse con las amenazas generan condiciones de riesgo. Partiendo de éste como la probabilidad de que ocurra un desastre, el cual se caracteriza por la relación dialéctica de la amenaza y la vulnerabilidad, además, de la coexistencia de ambas dentro de la comunidad; de ahí que se parta del riesgo como socialmente construido.

Es importante agregar además que el riesgo va a depender también de la percepción que de él se tenga, al ser este un producto conjunto de conocimiento y aceptación. Como explica Martín y Murgida (2004), más que sobre la base de las características físico-naturales y sociales propias del área, el riesgo se construye socialmente con base a la percepción de dicha situación y

a su interpretación desde la óptica del grupo social (lo que implica controlarlo, reconstruirlo, resignificarlo y ejecutar acciones para enfrentarlo). La percepción del riesgo es entonces un producto social y en sí misma una construcción cultural, en donde dependiendo del contexto se aceptan o no determinados riesgos.

La percepción debe ser vista como un proceso multidimensional, es decir, “las informaciones son recibidas desde el mundo real y son percibidas en función de un proceso sociocultural en el que intervienen tanto los valores del individuo, su personalidad, sus experiencias pasadas, su grado de exposición al riesgo, así como su nivel social, económico y cultural (Chardon, 1997. Citando a Lecompte, 1995; Weinberg, 1995; p.5).

Es por esta razón que cuando se habla de la percepción del riesgo, se hace referencia a la misma como un producto socio-cultural complejo, que antes de ser un hecho aislado, es en su totalidad una variedad de la personalidad y de la conformación histórica de esta última en relación con un determinado contexto (Karam y Bustamante, s.f.).

A partir de lo anterior, se hace evidente que el riesgo va a ser percibido de manera distinta según la persona, pues ella será influenciada por el marco de referencia personal, familiar y comunitario en que dicho individuo esté inmerso.

En el caso de la comunidad de Sixaola, esto se ve plasmado en el hecho de que las personas al dedicarse a distintos oficios (comerciantes y parceleros¹), tienen visiones diferentes acerca de las inundaciones y sus consecuencias; así, cada quien desde su posición, señala al otro como el más afectado y con menos oportunidades de recuperarse económicamente. Es importante recalcar cómo esta diferenciación parte no sólo de la autopercepción de “yo distinto al otro” sino además de la percepción del riesgo que está en función de la pérdida (ver al otro como el que más pierde) vista en esta comunidad como el impedimento para poder seguir produciendo y

1 Persona que se dedica a labores agrícolas en una parcela de tierra de su pertenencia.

asegurarse la subsistencia.

La percepción del riesgo a partir de lo que se pierde, se evidencia también en el hecho de situarse en el lugar del más afectado partiendo de la condición de propietario, es decir, se tiene la concepción de que aquellas personas que no poseen vivienda propia sino que alquilan un lugar, no pierden de la misma forma en que lo hace el dueño, pues en caso de que la casa sea destruida, simplemente deben tomar sus cosas y buscar una nueva vivienda. Existe aquí una clara identificación de la pérdida como física en tanto lo que se destruye es material, dejando de lado la afectación psicosocial.

Además, lo anterior refuerza la importancia del marco de referencia de una persona dentro del proceso de percepción del riesgo, en la medida en que pasa por un remitir a lo inmediato que prioriza “mi circunstancia” frente a la de los demás.

De ahí que la definición de pérdida, va a estar mediada de acuerdo a la posición que se asuma de sí mismo frente al otro, es decir, el parcelero frente al comerciante y al trabajador de la bananera, no pierde tanto como éstos; el propietario frente a la persona que alquila, es el que pierde más; el parcelero frente a las compañías bananeras, siempre se ve más perjudicado. Esto evidencia cómo a partir de la concepción subjetiva y del lugar social de la propia persona, se hacen valoraciones de las circunstancias del otro, que van a servir para construir percepciones que se le adjudican a esta otra persona.

Esta diferenciación en cuanto al otro se evidencia también en el hecho de percibir a los pueblos vecinos como aquellos que más se ven perjudicados, esto a pesar de que existe un claro reconocimiento de que las distintas problemáticas pasan también por “mi comunidad”, sin embargo, siempre va a ser en el otro en el que se identifique geográficamente una presencia mayor de factores de riesgo, como son las cantinas y los centros de trabajo sexual. En cuanto al trabajo que realizan distintas organizaciones comunales, llama la atención dos puntos de vista que se contraponen, en donde quienes pertenecen a estas organizaciones,

perciben su trabajo como de calidad e importancia para la comunidad, mientras que quienes valoran estas acciones desde afuera, señalan que estos grupos no realizan correctamente su trabajo.

Si bien es cierto, todo lo anterior aduce a que la percepción del riesgo es una construcción compartida a nivel colectivo, como ya se mencionó, existe una diferenciación del riesgo en tanto existen dos ámbitos principales a tomar en cuenta: el comunitario y el personal/familiar.

La percepción del riesgo en cuanto social pasa por una serie de procesos que hacen que sea una construcción colectiva: memoria histórica, mitos y creencias compartidas, relaciones vinculares y de arraigo comunitario, luchas compartidas, vivencias cotidianas, entre otras. A nivel comunitario, en Sixaola, el desbordamiento del río ya no es percibido como el riesgo más importante; actualmente la dinámica socioeconómica por la cual está atravesando la población, es catalogada por los y las habitantes de la zona como la problemática que les merece mayor preocupación, convirtiéndose ésta en la situación de mayor riesgo para el adecuado desarrollo de la comunidad.

Ahora bien, “los procesos sociales tienen como portadores o protagonistas a personas concretas, pero a la vez lo social está en lo individual, es una dimensión constitutiva de la personalidad. Por tanto, ni su participación en los procesos sociales los “borra” como individuos ni sus actos más íntimos como seres sociales” (Campos Santelices, 2004, p. 123-124). Con lo anterior se quiere hacer referencia a que además de que existe una dimensión comunitaria en la percepción del riesgo, existe una dimensión personal/familiar que va a estar determinada por el entorno inmediato de cada persona. Con esto no se quiere decir que una se encuentre separada de la otra, ambas dimensiones se encuentran inmersas dentro de un proceso dialéctico, en el cual están en constante cambio y por tanto se ven influenciadas mutuamente; sin embargo debido al carácter inmediato del ámbito personal/familiar, existe una jerarquización de esta dimensión sobre la otra, que la prioriza en cuanto a nivel de preocupación genere en la persona.

En cuanto a la familia, Campos Santelices (2004) menciona que “el desarrollo de metas y normas comunes, la práctica de actividades compartidas, el desarrollo de vínculos de afinidad entre sus miembros y su relativa permanencia, imprimen una especial fuerza y sostenibilidad a sus <relaciones internas> y a sus disposiciones activas hacia <afuera>.” (p.124). En los y las habitantes de esta comunidad existe una clara diferenciación en cuanto al riesgo que “mi familia” está atravesando, por ejemplo, si “mi hija” está siendo víctima de explotación sexual comercial (ESC), éste va a ser el factor del riesgo al que se le va a prestar mayor atención y que va a requerir una mayor inversión de tiempo y esfuerzos. Ahora bien, en el caso de un jefe de familia que debe hacerse cargo de su esposa y su hijo recién nacido, la situación de mayor riesgo representaría que la compañía para la cual trabaja decida trasladarse a otro país dejándolo sin fuentes de ingreso; en este caso la problemática de ESC que está atravesando la comunidad no sería prioritaria para él.

Otro claro ejemplo de lo anterior es el caso de una señora cuya hija abandonó los estudios para establecer una relación de pareja, con la cual está teniendo relaciones sexuales, situación que para la madre se convierte en un factor de riesgo, que podría desencadenar en lo que para ella sería un desastre: que su hija quede embarazada.

Estas situaciones anteriormente descritas ponen de manifiesto que si bien es cierto existen problemáticas que son identificadas como factores de riesgo por la mayoría de las personas de la comunidad, cada quien las va a jerarquizar de acuerdo a su situación personal.

Por ejemplo, uno de los señores entrevistados, giró su relato en torno a la falta de oficio, situación que para él es percibida como de mayor riesgo y por tanto la que le genera mayor angustia. A pesar de que se podría creer que la pobreza es percibida como la generadora de dinámicas sociales como son la drogadicción y la delincuencia, este señor explica que detrás de lo que él denomina vagancia, se desarrollan todas estas problemáticas; es decir, en un lugar en donde la pobreza se constituye como uno de los riesgos más importantes, el

no tener ocupación alguna, se convierte en un factor social de riesgo que puede derivar en algo individual o colectivo, ya que no sólo afecta a quien no trabajar, sino a la comunidad en general, debido principalmente a que el vago es percibido como aquel que está implicado directamente en la drogadicción y los actos delictivos.

Ahora bien, Slovic, Fischhoff y Lichtensein (1981) afirman que aquellos eventos que nos afectan de manera directa son percibidos como de mayor riesgo. Si bien es cierto esta premisa se aplica a dinámicas de la comunidad, no debe ser tomada como un precepto rígido y aislado, ya que en muchas ocasiones, la percepción de cuál riesgo es más importante se ve mediada por otra serie de factores, como son el contexto personal, el control que se tenga sobre el riesgo y la priorización de unos sobre otros. Partiendo de que en esta comunidad históricamente las inundaciones han tenido una afectación directa sobre la población, ocasionando no sólo daños materiales sino también físicos y psicológicos, se podría pensar que son este tipo de eventos los que son percibidos como de mayor riesgo; sin embargo, como explica Wilchez-Chaux (s.f.), muchas comunidades que se encuentran expuestas a amenazas de tipo natural, tras un análisis de costo-beneficio, toman la decisión de que esas amenazas (que en últimas dependen de la ocurrencia aleatoria de fenómenos como el deslizamiento o la inundación) son más posibles de afrontar, que las amenazas derivadas, por ejemplo, de la falta de ingresos. Es así como en Sixaola, la pobreza, la falta de empleo además de la drogadicción y la delincuencia, son percibidas como los riesgos más importantes para la comunidad.

A pesar de que las personas puedan perder su seguridad ecológica como resultado de la presencia de un evento natural, la seguridad alimentaria, económica y social (Wilchez-Chaux, s.f.), a la cual tienen acceso en su comunidad, es más importante que el riesgo al que se enfrentan por vivir en las cercanías del río. Según Chardon (1997), lo que ocurre es que cuando se logra no hacer caso de lo inaceptable, cuando se olvida u ocultan problemas muy graves como la dificultad para las familias de reunir los recursos necesarios para una comida digna, se entiende que un evento

natural no sea un problema mayor. Las personas que han habitado esta comunidad durante muchos años, explican que la idea de una posible reubicación no siempre es la mejor solución pues a pesar de que la misma ofrece mayor seguridad en cuanto a la exposición del riesgo físico, también implica la ruptura de dinámicas cotidianas ya establecidas y la falta de un espacio para producir, que les asegure la subsistencia personal y familiar.

De acuerdo con Slovic, Fischhoff y Lichtensein (1981), lo anterior se explica en que cuando un riesgo es el costo por un beneficio derivado de correrlo, la magnitud de este último determina la tolerancia al primero. Al respecto, Douglas (1987; citado por García, 2005) agrega que el riesgo no es un ente material objetivo, sino una elaboración, una construcción intelectual de los miembros de la sociedad que se presta particularmente para llevar a cabo evaluaciones sociales de probabilidades y de valores. Entonces es a partir de la interiorización del riesgo como tal, que la persona escoge darle un valor negativo, positivo o la conjunción de ambos. Por ejemplo, como ha sido mencionado, a pesar de la gran cantidad de consecuencias negativas que las inundaciones han acarreado año con año en Sixaola, la posibilidad de que otra nueva llena² se dé, es vista también como positiva debido a que su ocurrencia permite que los terrenos utilizados para cultivar, sean fertilizados por la gran cantidad de minerales que son depositados una vez que el agua se ha ido.

Además, esta caracterización positiva de las llenas parte del hecho de que en muchas ocasiones, éstas se convierten en un negocio para algunas personas, por ejemplo una vez ocurrida la inundación, los comercios de alimentos pertenecientes a habitantes de descendencia china, incrementan los precios de sus productos a sabiendas de que son la única opción de abastecimiento para el resto de la comunidad; de ahí que el arribo de donaciones externas -sobre

2 Vocablo coloquial utilizado por los y las habitantes de Sixaola para referirse a las inundaciones. En este caso se hace referencia a las inundaciones provocadas por el desbordamiento del Río Sixaola en enero del año 2005.

todo de comida- se convierten en una lucha por ver quién acapara más. Esto también sucede cuando la vestimenta que es donada, termina siendo vendida en tiendas de ropa usada en comunidades aledañas.

Ahora bien, continuando con el tema del riesgo por inundación, es a partir de su vivencia sistemática que los y las habitantes de la comunidad de Sixaola han logrado la incorporación de este dentro de su cotidianidad; es decir, no se deja de percibir como un posible desastre, sino que al volverse parte de sus vidas, se da también la naturalización del mismo. Es así como las inundaciones no son vistas como fenómenos sorprendidos sino como algo “normal” que ya se sabe que en algún momento del año pueden ocurrir, evidenciándose en la incorporación dentro del discurso cotidiano: ...pero ya nosotros estamos acostumbrados; Siempre se va a inundar, siempre, siempre, de fijo, de fijo...; ...a los tres días el agua bajó, vuelve todo a la normalidad y siguen trabajando (relatos de personas de la comunidad).

Esta naturalización lleva a que las acciones implementadas en pro de las llenas, se den casi exclusivamente para el momento de la emergencia, dejando de lado la realización de posibles iniciativas para la reducción del riesgo. Es así entonces cómo, al ser las inundaciones algo tan cotidiano, a pesar de las grandes pérdidas que ocasionan a esta comunidad, las personas logren visualizar su recuperación como una etapa más de este ciclo tan conocido para ellas.

Como se mencionó anteriormente, las personas esperan las llenas año con año, de ahí que sus mecanismos de adaptación estén dirigidos a tratar de evitar dentro de lo posible consecuencias negativas, como pérdidas materiales (viviendas y cultivos) y pérdidas humanas. Es entonces que ante la vivencia del riesgo, las personas se plantean una serie de soluciones para mitigar los efectos de otra posible inundación, que se dirigen a cambios estructurales y geográficos. Esto por ejemplo se evidencia en la construcción de la nueva iglesia católica sobre pilotes de aproximadamente tres metros de alto, misma que fue planificada con el objetivo de que en algún momento funcione como posible albergue.

Además, de esto, actualmente se está implementando un sistema de alerta para advertir a la comunidad cuándo es el momento preciso para evacuar en busca de un lugar seguro.

Todo lo anterior pone nuevamente en evidencia cómo la importancia de las preocupaciones económicas y psicosociales permiten entender que los eventos de tipo natural no pueden ser una inquietud de cada día, de ahí que exista probablemente un deseo consciente o inconsciente de relativizar la gravedad de la situación y aún de ocultarla.

Otro ejemplo claro de este proceso de incorporación del riesgo a la cotidianidad es cómo a partir del aumento de la delincuencia, las rutinas diarias han sido adaptadas de manera que muchas familias optaron por no salir de sus viviendas una vez caída la noche. Esto demuestra cómo las personas al verse imposibilitadas a resolver ciertas problemáticas optan por cambiar ciertas rutinas, decisión que se dirige a reducir de algún modo la posibilidad de ser afectado negativamente.

Este proceso de naturalización del riesgo, parte no sólo del enfrentamiento diario de ese riesgo, sino además, de lo que explica Slovic, Fischhoff y Lichtensein (1981) acerca de que las personas son resistentes a aceptar que se encuentran en situación de riesgo, probablemente como un mecanismo de protección ante la ansiedad que esta aceptación puede conllevar.

Aunado a lo anterior, se tiende a pensar que los integrantes de una comunidad en riesgo, no poseen conciencia del mismo, a lo que Wilches-Chaux (s.f.) agrega que, todos los estratos socioeconómicos están expuestos de una u otra manera a distintas amenazas, generadoras de múltiples riesgos, sobre los cuales existe algún grado de conciencia. Esto sucede no por la ignorancia de la existencia misma de la amenaza, sino más bien por una voluntad de no agregarle a lo cotidiano una angustia suplementaria, cuyo origen es mucho más aleatorio (Chardon, 1997) -dentro de lo probable, debido a su ocurrencia sistemática- que el de los problemas de cada día, cuya afectación va a depender más de la posibilidad que de la probabilidad, debido a la

percepción de ésta como poco cuantificable.

Esto se demuestra una vez más en el hecho de que para esta comunidad, los problemas sociales como la drogadicción y la ESC -para mencionar sólo algunos- son tan prioritarios, que las ya conocidas inundaciones, suelen colocarse en un segundo orden; lo cual no implica que no se tenga conciencia de su existencia y de su posible afectación. Esta dinámica conduce a que exista en el ignorar una decisión consciente que parte de “mi jerarquización” del riesgo; “de manera que su mundo inmediato parece más seguro de lo que es en realidad, y como corta también su interés en los acontecimientos de baja probabilidad, los peligros distantes también palidecen” (Mary Douglas. Citada por Ruiz, 2005; p.101).

Esta jerarquización se ve además influenciada por la posibilidad de elección que se tenga frente al riesgo, es decir, como mencionan Slovic, Fischhoff y Lichtensein (1981) los eventos que le son “impuestos” a una persona, suelen ser percibidos como de mayor riesgo que aquellos que son elegidos por la persona misma, de ahí que las decisiones que se toman se autojustifican como “seguras”. Si se retoman los ejemplos que se han venido trabajando a lo largo del artículo, se puede llegar a la conclusión de que -si bien es cierto- las personas de esta comunidad eligieron no reubicarse sino adaptarse a vivir junto al río que se desborda; en cambio la drogadicción, la ESC, la delincuencia y la pobreza, son situaciones que les fueron “impuestas”-son percibidas de esta manera debido a que no existe una elección consciente de ser partícipes de estas-, dejándolos expuestos a una conjunción de riesgos que no fue escogida por ellos y ellas.

Esto provoca entonces, que exista un sentimiento de falta de control sobre dichas problemáticas, a partir del cual surge el temor de ser afectados por las mismas. A pesar de que las inundaciones provocan fuertes trastornos a la cotidianidad, se debe tomar en cuenta que frente a este riesgo, la comunidad ha desarrollado distintas estrategias para asegurarse su protección, por ejemplo la existencia de albergues. Ahora bien, si se analiza la dinámica propia de las problemáticas

sociales, a pesar de que la comunidad tiene total conocimiento acerca de estas, no existen acciones directas dirigidas a salvaguardarse de la afectación de estas. Es decir, existe un lugar físico en donde sentirse seguro frente a las inundaciones pero no así frente a las problemáticas sociales.

Aunado a esto, como explican Lecompte (1995) y Weinberg (1995) existe en el plano gráfico y espacial un intento por asignarle al riesgo una significación precisa, es decir, darle un sentido (citados por Chardon, 1997). Al remitir al trabajo realizado en los distintos mapas de riesgo, salta a la vista de que según lo que se pensaría en cuanto al círculo grande como merecedor de mayor importancia con respecto al círculo pequeño, en esta comunidad sucede lo contrario, pues al integrar los relatos a los mapas, denota que aquellos riesgos evidenciados a través de los círculos pequeños, son percibidos como de mayor riesgo por las personas entrevistadas.

Ahora bien, existe en el tamaño de la figura, un intento por generalizar una problemática en tanto históricamente ha afectado a toda la comunidad, como es la falta de agua potable y las inundaciones. Se podría decir entonces que las antes mencionadas, se perciben como inherentes a la comunidad formando parte del todo simbólico de la misma.

Además de esto, parte de la diferenciación en cuanto a la percepción de los distintos riesgos que atraviesa la población, en los mapas se expone que hay una relación entre el tamaño del círculo y el nivel de afectación, ya que cuando existe afectación directa de una problemática (agua potable e inundaciones) sobre la comunidad, se utiliza el círculo grande para identificarla; mientras que cuando hay afectación indirecta, como la drogadicción, la ESC y la delincuencia, se utilizan círculos pequeños. Esto propone que al ser los factores sociales tan poco tangibles, existe un intento por concretizar aquello que se percibe como abstracto, en tanto los círculos que refieren a estas problemáticas encierran únicamente aquellos lugares en donde las mismas se desarrollan, es decir aquello concreto que las caracteriza (cantinas, calle Real, distintas viviendas), dejando por fuera las poblaciones que son afectadas por estas.

Al ser lo social algo que se queda en lo abstracto, que si bien es cierto es claramente reconocido, esta falta de accesibilidad a lo concreto, dificulta el abordaje físico de dichas problemáticas. Esta imposibilidad frente a los riesgos sociales, parte también de todo un mundo sobre el cual no se tiene control, es decir, la persona puede optar por no consumir drogas pero a pesar de los esfuerzos que se haga para alejar a los demás miembros de la familia, no se puede tener total control sobre ellos, de ahí la posibilidad o el riesgo de que se vean inmersos en la drogadicción.

El sentimiento de descontrol nace también a partir del hecho de sentir a los otros como instauradores de algunas problemáticas como la drogadicción y el trabajo sexual, esto a partir de que se le atañe a las personas venidas de afuera la responsabilidad de que en la comunidad existan estas problemáticas; en el caso de la drogadicción se habla de los josefinos (personas de la capital) y en cuanto al trabajo sexual, se refiere a mujeres extranjeras como aquellas que migran para dedicarse a estas labores.

Es así como existe la percepción de un gran otro como perjudicial, aquel al que se le adjudica la calidad de causante; en vista de que este otro llega de afuera, existe un desconocimiento acerca de su proceder, razón que hace que las personas de la comunidad se sientan sin herramientas para combatirlo.

Si bien es cierto en esta comunidad en particular existe claro conocimiento de todas las problemáticas -de sus características, de su proceso, de quienes están o no involucrados y de sus consecuencias-, como ya se ha mencionado, hay un gran abismo en cuanto a conocer qué acciones se pueden tomar para trabajar sobre algunas problemáticas, en especial las de origen social. Si a esto le aunamos el hecho de que no se confía en las figuras de autoridad como capaces de controlar y disminuir aspectos como la delincuencia, la drogadicción y demás, entonces es claro que en una comunidad que denota vulnerabilidad política, se van a incrementar sentimientos como la indefensión, el miedo y la frustración, y por tanto se vuelve una comunidad con mayor riesgo.

“El discurso del riesgo empieza donde la confianza en nuestra seguridad termina, y deja de ser relevante cuando ocurre la potencial catástrofe. El concepto de riesgo delimita, por tanto, un peculiar estado intermedio entre seguridad y destrucción, donde la percepción de riesgos amenazantes determina pensamiento y acción.” Beck (2000; p.10).

Reflexiones Finales

El desarrollo de un trabajo adecuado con comunidades en riesgo se debe enmarcar a partir de la integración de los lineamientos teóricos y prácticos correspondientes, por un lado, a la psicología comunitaria y por otro, a la teoría de la gestión del riesgo. Partiendo de que el objeto de la primera está basado en la transformación que es capaz de realizar la propia comunidad, siempre y cuando esta transformación surja de las aspiraciones, deseos y necesidades de la misma y a su vez, la teoría de la Gestión de Riesgo destaca la importancia de trabajar desde y para la comunidad, de manera que sea esta autogestora de su propio desarrollo.

Es por esto que las investigadoras denotan la necesidad de ver a la gestión del riesgo como una herramienta teórica que necesita de la interdisciplinaridad para que le dote de herramientas prácticas para su aplicación en un verdadero trabajo comunitario, en donde se parta de la integración de las personas como agentes en tres vías: constructoras, receptoras y transformadoras de su situación de riesgo; de ahí que sea necesario tomar en cuenta la percepción del riesgo como una herramienta fundamental para entender cuál ha sido el papel de las personas en su construcción eliminar. Ya que la gestión del riesgo plantea trabajar para, desde y con la comunidad, se hace vital conocer el proceso detrás de la priorización que hacen las comunidades de los riesgos que atraviesan.

A raíz de esto se vuelve primordial que los y las actores conozcan la situación de riesgo en la que se encuentran; entender las causas y características de lo que ellos y ellas perciben como riesgo, así como las implicaciones de vivir

día a día en una situación de riesgo ante desastres y las consecuencias que el mismo pueda acarrear, va a permitir que estas personas actúen frente a éste para gestar cambios en su comunidad.

Cuando se trabaja en comunidad, se debe estar atento a los distintos indicadores que se muestran como ventanas de oportunidad, desde donde la comunidad se muestra anuente a la incorporación de nuevas herramientas para mejorar su situación. En el caso de Sixaola, se hace evidente como a partir de un claro diagnóstico -realizado desde la autogestión comunitaria-, la misma posee una emisión de control interno, que posibilita la sostenibilidad de nuevos proyectos y la apertura a integrar a agentes externos que faciliten desde la cogestión, el desarrollo de nuevas habilidades. De ahí que se vuelva fundamental trabajar a partir de los factores de protección en la medida en que estos se conviertan en factores de desarrollo para la comunidad; para lograr lo anterior es necesario el fortalecimiento de las redes sociales en aras de una mayor organización comunitaria, que permita no solamente un proceso de autogestión en cuanto al abordaje de su situación de riesgo, si no, desarrollar habilidades para la creación de una capacidad instalada en la comunidad que acceda a la generación de espacios desde donde la comunidad pueda incidir en un verdadero trabajo de cogestión.

Ahora bien, para lograr lo anterior, se vuelve fundamental trabajar en la construcción de una visión de futuro con la comunidad, a partir de la cual se tome conciencia de la dinámica de la construcción del riesgo como un proceso complejo y temporal, que a su vez permita desarrollar estrategias para el trabajo a largo plazo, que posibiliten la concepción de las personas como agentes de cambio capaces de transformar su propia realidad en pro de mejoras.

Lo anterior aduce a que si no se interviene en los factores causantes de la vulnerabilidad, a nivel macro y, sobre todo, a nivel micro, la comunidad seguirá expuesta a la posibilidad de la ocurrencia de un desastre, no sólo aquellos que tienen como detonante un evento natural, sino también aquellos que se pueden ver disparados por la conjunción de las distintas problemáticas sociales. Es por esto que

al trabajar en comunidades en riesgo, es necesario que se parta del trabajo del riesgo como un todo, en donde factores físicos y sociales se concatenan en un proceso continuo de transformación que debe ser abordado desde su desarrollo dialéctico.

Ahora bien, en investigaciones previas se puso al descubierto como aún no se tiene una idea clara de cómo incorporar las lecciones aprendidas de aquellos y aquellas actores sociales que se ven directamente implicados en el desastre, ignorando su capacidad organizativa al ser concebidos como producto pasivo objeto de asistencia (OPS, 2002; Bermúdez, 1993). Esta investigación abre la posibilidad de que para la psicología social comunitaria y otras disciplinas, la percepción del riesgo se constituya como herramienta principal para trabajar en una comunidad el tema de los desastres, pues al enfocarse desde la vivencia de las personas se logra que las mismas se sientan realmente involucradas, no solo en la construcción sino además en la solución de su propio riesgo.

La percepción del riesgo como herramienta permite reconocer que son las personas de las comunidades quienes conocen su entorno a partir de su vivencia y su experiencia a lo largo de los años; por lo tanto la información que éstos y éstas puedan brindar es primordial. El trabajo desde la percepción del riesgo permite que las personas comprendan mejor de donde surge el riesgo en su comunidad, y que por tanto puedan tomar medidas para la reducción del mismo, dotándose de herramientas para lograr una mejor preparación para afrontar una posible situación de desastre.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, M. y Brenes, G. (2008). Percepción del riesgo en hombres y mujeres, en situación de riesgo ante desastres : tomando como caso la comunidad de las Vegas de Sixaola. Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología. Universidad de Costa Rica.
- Beck, U. (2000). Retorno a la teoría de la «sociedad del riesgo». Boletín de la A.G.E. (30), pp. 9-20. Recuperado el día 31 enero de 2008, de <http://orton.catie.ac.cr/>.

Bermudez, M. (1993, Diciembre). Vulnerabilidad social y organización ante los desastres naturales. *Revista de Ciencias Sociales de La Universidad de Costa Rica*, (62), pp. 131-141.

Chardon, A. (1997). La percepción del riesgo y los factores socioculturales de vulnerabilidad : Caso de la ciudad de Manizales, Colombia. *Desastres y sociedad. Psicología Social y Desastres*, 8 (5).

Karam, M. y Bustamante, P. (s.f.). Percepción del riesgo y educación en salud. México, D.F. : Universidad Autónoma del Estado de México.

Campos Santelices, A. (2004). De cotidianidades y utopías : una visión psicosocial preventiva sobre los riesgos de desastres. *La Red*.

García, V. (2005, Septiembre-Diciembre). El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos. *Desastres*, (19), pp. 11-24.

Martín, D. y Murgida, A. (2004). Vulnerabilidad cultural y escenarios de riesgo por inundaciones. *GEOUSP - Espaço e Tempo*, São Paulo, 16, pp. 181-192. Recuperado de <http://www.geografia.fflch.usp.br/>.

Organización Panamericana de la Salud. (2002). *Protección de la salud mental en situaciones de desastre y emergencias*. Washington D.C. : OPS.

Slovic, P., Fischhoff, B. y Lichtensein, S. (1981). Perceived Risk: Psychological Factors and Social Implications. *Proceedings of the Royal Society of London. Series A, Mathematical and Physical Sciences*, 376 (1764), pp. 17-34.

Apéndice No. 1: Mapas de amenazas confeccionados por miembros de la comunidad de Sixaola.



Figura 1: Mapa de Riesgo

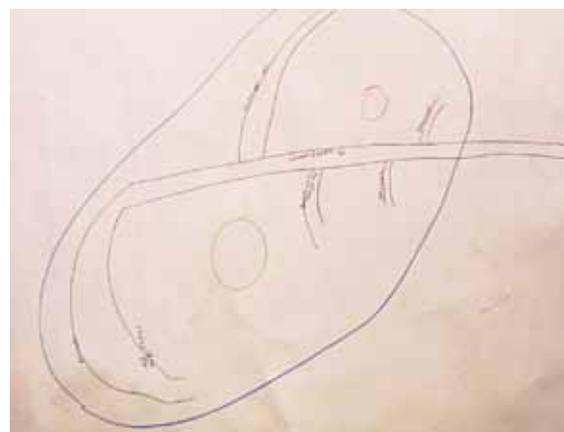


Figura 2: Mapa de Riesgo

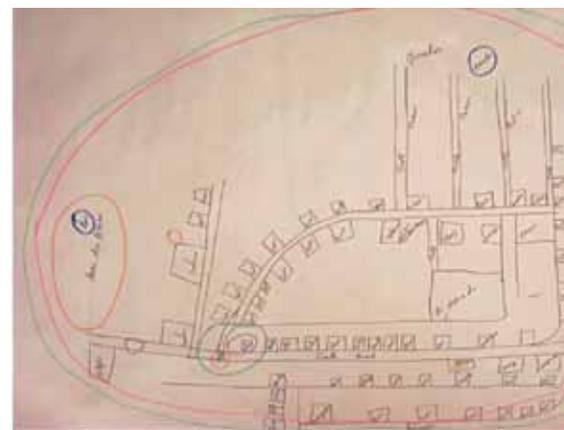


Figura 3: Mapa de Riesgo